

tes altos que los cierra á la derecha. Desde allí corre el vallado del Chisone. Fene-
trele (Julia lo indicaba con el dedo en el
mapa) es el primer lugar importante; más
abajo Pinerolo, y á Levante, entre estos
montes, Lucerna, Torre, Angroña, y así su-
cesivamente todo el país valdense.

—¡Ah! ¡Si hubiese un camino de hierro,
exclamó mistress Needle, que nos conduje-
se allí en derechura, sin este codo inmenso
de Turín!

XIV.

CHÁCHARAS PARA EVITAR CHÁCHARAS.

Habiendo Julia oído aquella exclamación
de mistress Ana en pró de los infelices can-
tones heréticos de Italia, auguró en su inte-
rior mal para sí: á lo ménos dos ó tres días
de tribulación. Resignóse, sin embargo,
procurando que la conversación versase so-
bre asuntos alegres, temiendo no poco que la
señora entrara en cualquier discurso ascé-
tico relativo á los valdenses. Mientras ca-
da uno ponía sus ojos en los peñascos es-

cabrosos y tristes dentro de los que vuela
el *tren*, indicaba la joven el *Rocciamelone*,
el *Col de la Rota* y el Cenis, cuyas cum-
bres se desvanecían envueltas en las turbo-
nadas, y ateridas por los hielos perennes.
Hablando iba á las pequeñas, sentadas de-
lante de ella, de los corzos de los Alpes,
que llaman gamuzas, y son del mismo gé-
nero á que pertenecen los antílopes (1)
africanos.—Son, exclamaba, las más lindas
bestias que puedan verse, á pesar de ha-
ber nacido y de nutrirse sobre estas aspe-
rísimas rocas que se pierden en las nubes.
Os parecerían trabajadas con el torno; tan
lustrosas son, ágiles y ligeras: hasta su bar-
ba es lisa, y tienen lisos también los cuer-
nos. Son mansos sobre todo encarecimien-
to si se saben domesticar, y de muy benigna
mirada; sin embargo de huir en su es-
tado natural, del hombre, como de su ma-
yor enemigo.

—¡Quisiera verlas! dijeron casi á un
tiempo las niñas.

—¡Imposible! respondió Julia, porque
reunidas bajan muy temprano en busca de
alimento; después de mediodía se recogen

[1] Género de mamíferos caracterizado por sus cuernos hue-
cos, generalmente redondos.

en lugares inaccesibles á fin de comer reposadamente y dormir un buen rato. ¡Oh! considerad la Providencia de Dios. Siempre que duermen, una vigila en la cima como centinela: si el enemigo aparece, da un grito, y sus compañeras instantáneamente saltan por cien senderos, de roca en roca y de cresta en cresta, alejándose y poniéndose á salvo.

—Mas ¿de qué viven? preguntó Clara; sólo veo piedras y nieve.

—¿Qué piensas? El Señor cuida de todos. Embóscanse cuando llega el invierno en los desfiladeros de los bosques, contentándose para su manutención con hallar bajo la nieve algunas hojas caídas en el otoño anterior, ó un pedazo de musgo verde que ha crecido al pie de un árbol viejo, ó un poco de cenómice (1), que es un líquen muy bajo, con mil ramitas entrelazadas y húmedas. El que se contenta con poco es rico siempre, y las gamuzas son discretas. En el estío, abandónase á todo bien de Dios; entre estos lugares enriscados existen también vallecitos, costas floridas y prados llenos de yerbas menudas y sabrosas; entonces las cabritas se tratan á cuerpo de rey

[1] Géne o de líquenes. tipo de la familia de las cenómiceas.
Nota del traductor.

—¡Quién pudiese venir durante la primavera! exclamó mistress Needle, amante siempre de la hermosa naturaleza.

Julia:—Durante la primavera, señora, gozareis, si lo deseais, de los alrededores de Florencia. Prosiguió despues, dirigiéndose nuevamente á las niñas:—Es cierto que si diéseis una carrera por estas cimas alpestres en la buena estación, volveríais á casa con el canastillo lleno de las más deliciosas flores que colora el sol. Aquí crecen la genciana de los Alpes (1), vestida de hojas ovales, que se abre formando una campanilla de un azul inimitable; violas de varias clases, *orquideas* (2), yerbecitas de la gran familias de las labiadas (3), y de tan diversos olores, que no se hallan más en las perfumerías. Quisiera que pudieseis recoger la *Vindita* del bosque. Los señores la llaman *Escabiosa selvática* (4); mas para vergüenza de estos nombres y apellidos, es una nitidísima señorita de muy buen garbo. Al-

[1] Se refiere sin duda el autor á la genciana que tiene cuatro pies ó cinco, erociendo en las grandes montañas, pero sobre todo en los Alpes y en los Pirineos.

[2] Familia de plantas que cracen en los bosques, así como en los prados húmedos y sombríos.

[3] Yerbas ó arbustos de ramas tetrágonas, con hojas enteras ó divididas, y faltas de estipulas.

[4] Planta herbácea que crece en las comarcas montuosas y en los bosques ó arboledas de Europa, Asia y Africa.

Notas del traductor.

gunos dicen que la ingratitud le dió dichos sobrenombres infamantes, porque una de sus hermanas sirvió á veces para curar á los roñosos.

Riéronse las niñas al oír esta historia, y preguntaron:

—¿Cómo puede ser esto?

Respondió Julia:—Su hermana, que se llama Viuda ó Escabiosa de los campos, era buscada frecuentemente por los farmacéuticos, á fin de hacer medicinas para ciertas enfermedades de la piel. Va descompuesta más que arreglada, y con el semblante arrugado por el sol; como todas las del campo, se suele crear cerca de los arroyos. La Selvática, por el contrario, que habita en estos sitios solitarios de los Alpes, ha conservado mejor sus bellezas. La he visto yo perfectamente hospedada en el jardín botánico de Nápoles, y os puedo decir que, si bien sus pies son algo borrosos, según conviene á una montañesa, tiene lindas hojas ovales y dentadas, mostrando como flor un botón de tan alegre zafir, que después de haberlo visto lo querríais por adorno en el sombrero.

—¿Por qué no nos la enseñaste el año pasado en Nápoles? dijo una de las discípulas.

—La encontraremos quizá en el jardín botánico de Florencia. De todas maneras, conoceremos á su hermana mayor la *Escabiosa atropurpurea*, que es la que da el nombre de Viuda á la familia. Lleva en la cara un oscuro velo, que le da el aire de una noble mujer de Rubens con vestido de terciopelo; encima tiene un cisquero de puntos blancos, que son propiamente anteras (1), que presentan en el labio una especie de embudos, los cuales reunidos forman su cabeza melancólica. Como dama, no habita en los campos ni en los prados, placiéndole sólo los jardines, aunque antes de entrar en ellos se compone, y se perfuma con un poco de almizcle.

—¿Qué pretensiones! dijo Clara interrumpiéndola.

—¿No la conoces? replicó Julia. Vuelve á pensar, porque acaso la viste cien veces. En inglés la llamas vosotras Widows' Flower.

¡Ah! ¡La Widows' Flower! exclamaron á una voz las niñas y su madre. Hasta John repitió: ¡Widows' Flower!

—Precisamente: ahora sabed que la flor

[1] Saquito membranoso, lleno de pólen fecundante, colocado en el extremo de los estambres de las flores y considerado como el órgano macho de las plantas.

de las viudas tiene parientas cercanas en todas partes. Es como una ley natural que reine gradación de prendas y de hermosura en las familias vegetales y animales, así como que haya pobres y ricos, cual en la familia humana. ¿Os habeis fijado alguna vez en las Azaleas (1) y en los Rododendros (2), que meten tanto ruido en los jardines de los grandes señores? Pues tienen aquí sobre los Alpes á sus hermanos, rústicos y sin peinar, pero que no dejan por ello de ser tales, para constituir los jardines de las cabras, de los cabrones silvestres, de las marmotas y de los osos.

—¿Cuáles son? preguntó John, á quien interesaba ya lo que decía Julia.

—Pues son la *Azalea procumbens*, y los *Rhododendron*, el *ferrugineum* y el *hirsutum*: tres arbustos propios de la flora (3) alpina. Crecen asimismo en estos montes tales florecitas, que, trasportadas por manos industriosas, no parecerían mal, puestas en parangón con las más bonitas. Por ejemplo, en los pastos frescos se cría la

[1] Azalea ó Antodendro. Género de plantas de la familia de la ericáceas.

[2] Otro género de plantas parecidas. Crecen en las montañas de Europa, en el Asia Central, en la América del Norte, en la India y en las islas cercanas.

[3] Tratado ó colección de las flores y plantas de un país.

Notas del traductor.

Astrancia mayor (1). ¡Qué cabecita, si la viéseis! Una cabecita radiante de belleza. Es de la raza de las *umbelíferas* (2). Las florecitas de que se compone su flor se levantan sobre pequeños pedúnculos (3), que parten de un nudo, precisamente como los rayos de un paraguas, el cual los vuelve á encerrar en un haz por vía de envoltorio común, que forman hojitas, casi como una gorguerita de blonda en torno de un buen semblante. Es tal su candor argentino, si no toma un tinte de rosa, que no se puede parar el ojo á gozarlo cuando lo encuentra en el camino. Sería el adorno de un jardín, si alguno supiese cuidarla con la cultura doméstica. Mas ya se sabe: los jardineros prefieren las grandes flores á las delicadas.

—Y más aún, añadió mistress Needle, poder decir con vanagloria: “Es una flor de América, de la China ó de la Australia.”

—Es una vanísima vanidad, pero demasiado común. Mirad: nosotros tenemos los

[1] Común en los prados de los Alpes y de los Pirineos, que se cultiva como planta de adorno.

[2] Plantas que tienen las hojas alternas y las flores blancas, amarillas, rojizas y dispuestas en *umbelas*.

[3] Parte de la planta que sostiene la flor

Notas del traductor

muros de Roma y los techos de Nápoles cubiertos de Valeriana roja (1), que los botánicos modernos han convertido en un *Centranthus ruber*: una planta de follaje nobilísimo de color verdoso, con grandes flores en forma de ramillete y tan vistosas como un ramo de corales. ¿Habeis visto jamás algún jardinero que le dé sitio en puesto principal? A lo más la Valeriana roja se compra con el fin de hacer cuerpo en las masas de adornos rústicos. ¿Por qué? Por ser nuestra. Permiten, sin embargo, que nos invadan las Petunias (2), producto americano, tan duradero cuando florece, como fétido cuando á él os aproximais. Cada uno tiene sus gustos.

Clemencia salió entonces con su parecer:

—A mí me gustan sobre todo las florecitas.

—Pues de lindas flores pequeñas hay aquí una multitud. Entre otras la *Draba* de las nieves (3), *Draba nivalis*, cándida como las que le dan nombre: es una verdadera planta en miniatura. ¡Ojalá la pudiésemos recoger al pie de los hielos! Mas

[1] Género de plantas compuesto de muchas especies, que crecen en América, en Asia y en Europa.

[2] Género de plantas de la familia de las solanáceas, cuyas especies son yerbas que crecen en la América Central.

[3] Género de plantas compuesto de cien especies originarias de las regiones frías ó templadas de América, Asia ó Europa.

Notas del traductor

encontraremos la *Draba verna*, que es común en Italia. Hubo un tiempo en que tuvo fama de medicinal contra ciertas postemillas, por lo que los profanos llamáronla “yerba de los panadizos;” hoy no le queda más valor que el propio de su nativa belleza. Es tan pequeña, que quien no la mira con el lente del herbolario, la confunde fácilmente con un musgo: la he recogido yo, viva y en flor, en la plaza de San Pedro. Se asoma entre piedra y piedra para saludar los primeros soles de Febrero, sentándose sobre una roseta de hojas pequeñísimas, vellosas, oblongas y agudas, que le dan apariencias de estrella; se levanta sobre un tallo tan tenue como un hilo de seda. Las hay tan pequeñas, que su raíz, su varita, su flor y su fruto se podrían enterrar en una nuez, sin echarse á perder.

—¡Oh qué linda! exclamó Clemencia.

—¡Cuántas hermosísimas obras de Dios hollamos, exclamó Julia, sin que las miremos siquiera, por culpa de nuestra ignorancia!

En el momento en que la niña se enamoraba de la pequeña flor, y hacía la joven sus reflexiones morales, el *tren* deteníase algunos momentos en Salbertrand: una montañesa de saya vistosa pasaba bajo las

portezuelas de los coches, levantando con sus dos manos un canastillo, dentro del cual había diez ú ocho ramos de flores de la misma especie, en extremo agradables á la vista; Julia se dirigió á ellos, y comprando tres, puso uno en la falda de mistress Needle, alargando los otros á las muchachas, á las que dijo con aire de triunfo:—Ahora bien; decidme si no tenemos razón para prendarnos de tan amables criaturitas de Dios.

Cada uno miraba lleno de maravilla las flores: el estóico John pidió algunas á su madre, que dióle parte de su ramo; las olió mucho, poniendo varias en su ojal. ¡Qué perfume! decían en coro.—¡Qué buen olor! —¿Cómo se llama esta?

Julia:—Aquí hay un mundo de nombres y una historia que forma un volumen. Servía en otro tiempo á los farmacéuticos que preparaban con ella unguentos y medicinas: en muchas lenguas de Europa tiene dos nombres, uno de los cuales se refiere á la raíz otro á la flor. Los campesinos lo llaman Pan porcino, porque la raíz en todo semejante al nabo, es un confite para los animales negros; si estos, dando con el hocico en las tierras de los bosques, conocen su sitio, no cejan hasta después de haberlas

devorado y comido. Mas la gente que considera la hermosura de la flor, le da un nombre más digno: Turbante persa y flor de la mitra. Los botánicos aprobaron este nombre, y la llaman *Cyclamen europæum*. Esta es cabalmente su estación, y ¡cosa singular! mientras vive sobre las montañas, difunde á su alrededor una fragancia deliciosa; pero no bien la llevan á sitios cultos, pierde su olor y no se diferencia de cualquier yerba ruin de los campos.

—Le sucede, dijo entonces mistress Needle dirigiéndose á sus pequeñas, como á las niñas, á las cuales en su casa, junto á su mamá, todos acarician; pero no bien se vuelven andarinas y voladoras, todos las desdennan, por que les falta la reserva y la modestia, que constituye su buen olor.

Julia continuó:—Fijaos bien en la forma que tiene. Estas hojas que envuelven el ramo, son las propias de la planta, nacidas todas de la raíz, porque el tallo es liso y pelado; como veis, son todas iguales, cortadas exactamente en el corazón, matizadas de verde oscuro y de verde claro, con venas y dibujos preciosos, por cuyas gracias figuran entre las hojas más lindas que vestir puedan á un vegetal. La corola también, cosa no frecuente, corresponde á su título.

Mirad; es un sombrero abierto por debajo, y adornado al rededor como un turbante,

—¡Es un turbante! dijeron todas á una; sí un verdadero turbante.

—Mas ¿qué sombrero oriental, proseguía diciendo Julia, sabría en torno de una cabeza disponer un turbante con tantísima gracia? ¡Que poética invención ésta de cortar la falda en cinco alitas separadas, y levantarlas sobre sí mismas, y envolverlas con garbo, y matizarlas de púrpura y enaltecerlas con tan suave fragancia! El que sólo viese una, la creería un capricho de la naturaleza; sin embargo, millones y millones esmaltan los bosques de estas montañas: no hallarías ninguna que se distinguiese de las demás en lo más mínimo. ¡Decid que la mano de Dios falta en alguna parte! ¡La casualidad que se repite millones de veces!

Cada uno de los presentes hacía sus reflexiones. Julia entregó á sus discípulas, á fin de que lo conservasen, el *Cyclamen europæum*, para disecarlo y ponerlo en el herbario.—Será, dijo, un recuerdo del paso de los Alpes.—

Entre tanto, la frecuencia de los túneles (algunos no breves) había interrumpido la conversación de las flores. Se descendía,

atravesando puentes y viaductos, colocados entre roca y roca, para caer de repente en subterráneos tenebrosos, y salir luego á la luz diurna, que se veía incontinenti arrebatada por nueva oscuridad; ó bien se tocaba volando la cima de aérea roca, bajo la que se contempla la Dora con maravilla y temor del atónito pasajero. Al fin, el lugar de la turbulenta ribera iba poco á poco desprendiéndose de los estribos de los montes que lo molestan, y aparecía más extenso y alegre el horizonte distinguiéndose una ciudad en el fondo del valle.

El valle de la Dora Riparia está lleno de tantos recuerdos históricos, que pocos países de Italia tienen quizá más. Aquí se levanta Susa, noble ya en los días de Augusto, de cuyos monumentos aun se vanagloria; Susa, antigua centinela perdida de la nación italiana, cuando Italia no había vendido las llaves de los Alpes. No lejos está la iglesia de San Miguel, madre y reina de ciento cincuenta entre iglesias y abadías, é ilustres aun hoy por sus reales sepulcros. Campeaba más alta todavía la Novalesa, albergue un tiempo de ciento cincuenta monjes dedicados á la oración y á la ciencia cuando en todos sus alrededores reinaban las tinieblas de la Edad Media. ¡Cómo creer

que los modernos restauradores de Italia no supieron sacar otro fruto de tal reliquia de las glorias patrias, fulgidísimas desde los tiempos de Carlomagno, sino transformando el monasterio en casino de bañistas y prostituyendo la más que milenaria basílica para salón de fumadores! ¡Oh sarracenos, que peleásteis otras veces por estos derrunbaderos! ¿Por qué no establecisteis un califato duradero en la Comba de la Novalesa? Creemos que hubiérais sido más suaves para la Italia; en todo caso, menos amarga sería la vergüenza vil viniendo del enemigo que del hermano.

Aquí las rocas de la Asieta, de Bard, de la Bruneta y de Exiles hicieron famosas las armas piamontesas por puras y santas batallas, verdaderamente provechosas á la Italia. Aquí el eco de los valles repite nombres claros en cada siglo: el del rey Cozzio, amigo ya de Augusto; el de la potente marquesa Adelaida, que antes hizo grandes los condes de Saboya, sacándolos fuera de las estrechuras alpinas; el de Federico Barborroja, unas veces vencedor y otras vencido, y los de tantos *mariscales* de Francia, que con parecida fortuna batallaron. Aquí los aficionados á la historia buscan las huellas de Napoleón, de Francisco I, de Car-

los VIII, de Penino, de Carlomagno, de Constantino, de César, de Pompeyo y de Aníbal, llegando algunos aun á los Brenos y á los Beloveses de los tiempos *prehistóricos*, como también á los Hércules de la mitología. Nosotros veneramos con más placer en Val de Suso los vestigios del Pobre de Asís, que, suplicado por Beatriz de Saboya para que le diese un recuerdo, hallóse poseedor sólo del hábito, habiendo dado á dicha soberana un girón de él. ¡Para nosotros con luz imperecedera brillan sobre estas montañas las huellas de dos Píos, el VI y el VII, que las subieron como Jesucristo subió el Calvario, arrastrados por los judíos de la revolución francesa!

Antes de emprender Julia el viaje, queriendo cumplir de todo punto su oficio de buena educadora, había procurado con afán recordar todo lo referente á la región que debían recorrer. Con sus reminiscencias, sus historias y sus guías, de las cuales había muchas en casa de la Needle, había reunido un tesoro, que expendía muy fácilmente. En presencia de los lugares no le había de faltar la palabra.

Veía entonces á su señora cada vez más indiferente á la conversación, y sin duda

con el espíritu en otra parte; veíala tomar de nuevo sus mapas, releer sus apuntes de la cartera, examinar otra vez ciertas cartas que tenía en el libro de memorias, aprovechándose obstinadamente del último rayo del día, ya próximo al crepúsculo: Julia, para no ser molesta, prescindía de sus erudiciones. Gozaba dulcemente aquel magnífico ingreso de Italia, indicando en baja voz á sus discípulas los más hermosos panoramas: cómo dilatábase por grados el horizonte; cómo sucedían á los montes ásperos las suaves colinas; cómo se presentaban los poyos de Almese, de Buttigliera, de Villabarse y de Casellette, orgullosos aun después de la vendimia; cómo aparecía, en fin, la extensión ancha de la llanura entre Rivoli y Turín, donde á derecha é izquierda no encuentran el ojo confines.

Mistress Needle nada descubría en torno de sí. Sólo el Eden de los Valdenses absorbía todos sus pensamientos. Se había formado una idea correspondiente por completo á las mitologías que corren por Inglaterra. Para ella Turín era nada (habíala visto otras veces), sino en cuanto Turín tenía un camino de hierro con el cual podía-se llegar á Pinerolo. Desde Pinerolo ten-

dería el vuelo á los valles protestantes, tan celebrados por los disidentes de su país como desconocidos en Italia, y en el mismo Piamonte, antes de las últimas rebeliones contra la Iglesia. En fin, no pudiendo contener la exaltación de sus sentimientos religiosos, dirigióse á Julia, y dijo: — En aquellos valles tengo yo un gran pedazo del corazón: ¿me permites que dé una carrera por ellos?

—¿Os burlais de mí, señora mía? No tenéis necesidad de mi permiso.

—No quisiera causarte un disgusto... Iré yo sola con las niñas: te quedarás tú en Turín con Kelerina.

Esto dijo mientras un largo y estridente silbido anunció el ingreso en la estación, ó más bien ciudad del camino de hierro, desde donde á los cinco minutos se penetra en la ciudad de Turín